

PSICOTROPISMO

ENRIQUE VÁSQUEZ VALLADARES

nació en Perú en 1959, es autor del libro de relatos *El Narrador y la mujer más feliz del mundo* (Lima 2003) y de la novela *Atardeceres Perros y Veranos sin ti* (Lima 2004)

LUCHO

Lima es una ciudad ambigua. En su incertidumbre muchas veces la he llegado a ver cubierta de un excitante velo de misterio; otras en cambio, me he sentido como un mudo testigo de su agonía. Sus calles resultan un buen ejemplo. O son sucias y enigmáticas o simplemente limpias y aburridas. En mi caso prefiero las cloacas que los conductos de aire acondicionado. Es más probable que encuentre el camino buscado en una montaña de basura del centro de Lima que en la callada quietud de una calle de San Isidro.

En el centro de la ciudad los niños vagabundean por las noches, buscan monedas que destinarán a bolsas de *terokal* o quizás, con más suerte, a un par de “ketes” de pasta básica. Por las esquinas encontrarás travestis, prostitutas y una variopinta oferta de burdeles que huelen a orines y humedad. Pero eso es solo en el centro de la ciudad. A las afueras, subiendo por la Carretera Central y a la altura de la Municipalidad de Ate, encontrarás al borde de la pista, una serie de casitas donde ofrecen sus servicios pitonisas, chamanes y brujos de toda estirpe. Te ofrecerán leerte las manos, las cartas o las hojas de coca, garantizándote además, por una módica suma, “amarrar” a tu pareja para siempre o convertirte en el rey de los negocios. Pero eso no es patrimonio exclusivo de la Lima marginal. Ni los distritos residenciales, con sus niños cuidados con amas uniformadas y sus casas adornadas con canchas de *tennis* se salvan.

En ellos la hipocresía juega su papel catalizador. Desde tu casa o tu oficina y sólo con una llamada telefónica, podrás encargarte, con la discreción que el estrato social requiere, todo tipo de servicios, desde cocaína hasta mujeres, incluyendo travestis, lesbianas y voyeuristas.

Ese es el velo misterioso y sórdido de la Lima que me absorbe, el que a ratos siento que cubre la ciudad como una gran mancha espesa e incontrolable y en lo que otros, enmudecido y triste, apenas si percibo en medio de mi angustiada búsqueda.

Dentro de esta variada oferta limeña, a mí siempre me interesó el tema del misterio; lo esotérico, lo metafísico, todo eso que trascendiendo la materia, me permita conducirme hacia dimensiones jamás visitadas. No importa si es a través de una gitana que lea el futuro en mis manos o a través de prolongadas sesiones de meditación. Lo que me interesa es visitar, valiéndome de cualquier medio, aquellos cuadrantes desconocidos donde pueda encontrar las respuestas que busco a mis preguntas pendientes.

MUÑECA

Vamos Alejandrino, ¿no lo recuerdas?. Nos habíamos encontrado la noche anterior y en circunstancias por demás extrañas. Yo caminaba por una calle cóncava y amarilla cuando te vi pasar en el auto. Estaba extenuada pero feliz. Iba desnuda y tarareando una canción tristísima que luego me dijiste, te recordaba los círculos dantescos de La Divina Comedia. Entonces sentí tu mirada. Me inclinaba a recoger margaritas nocturnas, de esas que brillan los jueves a partir de las seis, cuando tu voz inundó por completo mi cerebro. Te habías acercado para preguntarme por la dirección de mi casa. Yo sonreí y dejando a un lado las escasas margaritas que llevaba conmigo, te dije que precisamente me dirigía hacia allá y que si así lo querías, podía acompañarte. Una vez en el auto conversamos sobre lo ovalada que estaba la Luna y del agitado caudal de los ríos que cruzaban las calles. Eso inicialmente nos preocupó, sin embargo nos calmamos rápidamente cuando notamos que el chofer, un tal Lucho, llevaba su uniforme de Almirante de la Marina Fluvial pero sobre todo porque siendo domingo, a esa hora lo único que flotaba sobre las aguas eran algunos teléfonos de la serie 36. Como buen domingo que era las curvas estaban cerradas (las abren a partir de los lunes), sin embargo el chofer no solo nos tranquilizó, sino que además nos invitó una porción de maní y encendió la radio para escuchar música de Charly García, "Estoy verde" creo... Dimos muchas vueltas buscando la dirección hasta que después de siete semanas la encontramos. Era la calle

donde quedaba mi departamento en el edificio Central. Te invité a pasar y te ofrecí borradores en salsa de tamarindo. Yo que estaba a dieta, me comí unos cuantos, pensando que así podría borrar algunos kilitos extras que esa noche llevaba conmigo. Más tarde y luego de mirar por algunos minutos como la radio saltaba en zig zag sobre las servilletas del comedor, te pregunté si querías dormir a mi lado. Tú aceptaste pero yo te puse una condición, que primero rezáramos el Padre Nuestro en alemán.

Yo no sé alemán – me dijiste.

No te preocupes –respondí- me han contado que Dios tampoco.

Entonces no solo rezamos en alemán, sino incluso terminamos haciendo el amor en un dialecto tirolés. Hacer el amor en un idioma desconocido fue muy excitante. Por ejemplo, los jadeos en alemán—aunque cualquiera piense lo contrario- son totalmente diferentes a los españoles. Eso me obligó a buscar desesperadamente un diccionario de jadeos que estaba segura haber visto alguna vez entre los libros que suelen flotar en la cocina. Después de hacer el amor, lo que nos llevó aproximadamente un montón de minutos, te aseguré que para la próxima vez, contaría con un diccionario a la mano. Quedamos en que lo compraríamos en la próxima Feria Internacional de Jadeos que se llevaría a cabo en el hotel Astoria, en Madrid. Hablamos de lo entretenido que sería este evento y de la cantidad de gente que asistiría interesada en adquirir las últimas versiones de suspiros lanzadas al mercado. Quedaste sorprendido cuando te conté que las versiones más avanzadas habían sido desarrolladas por Microsoft, y más sorprendido aun, cuando te enteraste que en Lima, en Wilson, ya podías conseguir ediciones piratas a cinco soles.

Esa noche, Alejandro, te portaste maravillosamente bien. No me importó en absoluto que durmieras parado. Me explicaste que lo hacías como parte de un ritual indio que se había dejado de practicar hace muchos años, pero que tú y tu familia aun respetaban religiosamente. Yo no pude menos que entenderte, y correspondiendo a tu confianza te conté parte de mi vida; que había crecido huérfana de padre y madre, y que fui criada bajo la sombra de un árbol que una tía mía, una tal Marisol Bellavista, podaba escrupulosamente a diario. Estaba a mitad de la historia cuando mi tía Marisol se apareció en la habitación con una enorme tijera de jardinero. Le rogué que se marche pero no lo hizo sino hasta que terminó de podar la “chiflera”.

Por la mañana despertamos bostezando ambos en alemán.

Amor, buenos días – te dije.
Hola, mucho gusto –respondiste.
Mi cuchi, voy a la cocina a prepararte un desayuno riquísimo.
Espérame aquí en la cama.

Me levanté y salí de la habitación con una lentitud que atentaba contra mis deseos. Demoraba varios minutos por cada paso que daba, estaba desnuda y pesaba cientos de kilos. Al llegar a la cocina mi cuerpo fue de inmediato atraído por la gravedad; segundos después mi piel cubría totalmente el piso. Con la laxitud del cuerpo extendido y desplazándome convertida en un espeso charco de semen, me dirigí a la sala; desde allí pensé en llamarte por teléfono pero no encontré monedas a la mano. De pronto unos estornudos agudísimos y chirriantes, cubrieron tu habitación. Cuando fui para allá convulsionabas febrilmente. Yo, con un vaso de agua en cada mano, me acerqué de nuevo a la cama.

Toma mi amor. Agua fría, clorada, directa desde el caño más hermoso que haya visto en mi vida.

Gracias, tenía demasiada sed. ¿Cómo has amanecido?

Muy bien –te dije – y además mira el desayuno que te he preparado ¿te gusta?

Me encantan tus artes culinarias.

Quiero que sepas que además de servir agua, declamo, juego damas chinas y me dedico durante mis vacaciones a cosechar los rabanitos que crecen en el huerto de Sicaya, allá camino al Sur, en la hacienda en que nació Domitila Fernández.

¿Quién es Domitila Fernández?

La propietaria de un huerto en Sicaya. Se llega camino al Sur. Es un huerto donde en mis vacaciones me dedico a cosechar rabanitos. ¡Si te lo acabo de decir hombre!!!

Mira Muñeca, lo primero que tienes que hacer es vestirte.

No puedo. Me trajiste así, sin ropa.

Tienes razón. Casi ni lo recordaba.

Yo tampoco. No recuerdo nada.

ALEJANDRO

Entonces te conté como fue que sucedieron las cosas. Nos habíamos conocido la noche anterior y en circunstancias por demás extrañas. Yo caminaba desnudo por la calle recogiendo esos cactus de cabello de ángel

que nacen en las veredas, cuando me viste desde tu auto. Busco una dirección-dijiste- sé que es por aquí pero no la encuentro. Cuando mencionaste el nombre de la calle quedé extrañado. Era una avenida principal, de esas que difícilmente se ignoran. Subí al auto sin saludar a Lucho y de inmediato noté que te recostabas sobre mí. Me hablabas algo sobre la forma de la Luna cuando noté que te quedaste dormida. Preocupado le pedí al conductor que se dirija de inmediato a tu casa. En el camino me entretuve mirando por la ventana los ladrillos que flotaban en el ambiente así como esa extraña lluvia color miel que caía de abajo hacia arriba. Temiendo quedarme absorto por el paisaje que me rodeaba, cambié de idea y me dediqué a buscar con qué entretenerme entre los objetos personales que llevabas en tu cartera. Revisé con ansiedad y encontré entre tus cosas dos hipopótamos flacos, un tablero de ajedrez (armado solo con piezas blancas) y tu Carné de Extracción Dental. Leí los datos. Nombre: Muñeca Parca Hastamorir; dirección: Avenida Los Arcángeles Apátridas s/n, a espaldas del café Don Vito. Interesante –pensé- mientras te quitaba la ropa hasta dejarte totalmente desnuda. Estabas verde y olías a maní. Temiendo que te resfríes, coloqué una chalina en tu cuello y seguí mirando por la ventana. El camino a tu casa fue bastante corto. Lucho hizo la ruta en retroceso, teniendo especial cuidado de no pisar los teléfonos que a esa hora suelen cruzar desordenadamente las calles. Cuando llegamos a la dirección citada, el auto se detuvo. Allí nos bajamos y luego de ponerle candado a las llantas, te cargué entre mis brazos y te conduje a casa, directamente al dormitorio.

Gracias, - dijiste volviendo en sí –la verdad, algo me cayó mal.

No te preocupes. Ha sido un placer ayudarte.

Puedo invitarte algo. ¿Un wantán quizás? ¿un pedazo de borrador?

No te preocupes –le dije- lo único que me provoca es dormir contigo.

Ah bueno, durmamos pues.

Nos metimos a la cama juntos, exactamente a las ocho de la noche, lo supe porque a esa hora los grillos empezaron a cantar “sigo siendo el rey”. Estaban ebrios y desafinaban, sin embargo vestían elegantemente y a mí me cayeron muy bien. Me dijiste algunas cosas en alemán y yo me puse a rezar. Esto que por un momento pareció complicar nuestra relación, fue resuelto con una rápida visita a la cocina donde encontramos la radio encendida y unos diccionarios que flotaban en perfecto orden. Recuerdo que cogimos uno y buscamos la palabra “jadeo”; nos reímos muchos con la definición, “respiración dificultosa” decía. Luego te hice algunas bromas sobre mi último viaje a una Feria en Madrid y regresamos más excitados que nunca a la cama. Hicimos el amor de pie y al lado de una “chiflera” que había per-

dido sus hojas. Lloraste tanto al ver la plantita totalmente deshojada que preferiste ir a la cama. Allí volvimos a tener sexo por más de una semana. Hasta ahora resuenan en mi mente todas esas “respiraciones dificultosas” que se quedaron colgadas del techo del dormitorio. Parecían murciélagos.

Esa noche, a pesar de que nos acostamos en una curiosa posición, dormimos con bastante comodidad. Al día siguiente nos saludamos en un idioma desconocido y nos dimos un largo beso de buenos días.

Buenos días amorcito. ¿Te preparo el desayuno?

Claro –te dije- ahora sí me provocaría un borradorcito bien caliente. Te lo traigo en un instante.

Algo debió pasar en ese instante porque no recuerdo detalles de esta parte de la historia. Solo recuerdo que en vez de traerme borradores te apareciste con dos exquisitos vasos de agua en las manos. Los tomamos mientras me contabas algunos pasajes de tu infancia, como cuando comías rabanitos cosechados de unos árboles que no daban sombra y que una tía tuya, una tal Marisol, tenía en su huerto del Sur. Luego te ofrecí llevarte a mi casa, pero insististe en que vez de eso me quedara allí para siempre. Yo acepté.

LUCHO

Y precisamente en esa búsqueda de nuevas emociones, viví diversas experiencias sin que ninguna de ellas me diera los resultados esperados. Cierta vez en uno de mis paseos por el centro de Lima, una gitana me leyó las manos y lo hizo con tal arte y gracia que creí haber acertado por fin con la persona adecuada; sin embargo, un par de horas después, lo único que obtuve de ella fue una serena sensación de haber sido timado. Otras veces en cambio he gastado dinero en brujas y pitonisas consiguiendo a cambio tan solo desilusiones. He ido infinidad de veces a que me lean las cartas e incluso las hojas del té, y aunque alguna vez pude salir aparentemente satisfecho, esa impresión solo fue momentánea; finalmente y como solía sucederme, la sensación de haber sido estafado terminaba por invadirme.

A punto de perder la confianza en mi ciudad, alguien me habló de Margarito Capuñay. Margarito Capuñay era un tipo especial. Un brujo de la selva que hace sus apariciones cada cierto tiempo por los Barrios Altos para llevar a cabo exclusivos rituales con Ayahuasca. Cuando me hablaron de él ya casi había perdido la ilusión de encontrar un nexo entre lo terrenal y lo

divino. Sin embargo, un matrimonio amigo, me convenció para participar con ellos en calidad de testigo, en una clandestina sesión de Ayahuasca. Yo por supuesto acepté.

La Ayahuasca es una corteza que crece sólo en la selva peruana y que se hace hervir por tres horas, junto a la chacruna; es ésta, la última de las hierbas citadas, la que le da la calidad de alucinógeno a la bebida. Una vez hervida esta mezcla, se obtiene de ella una especie de chocolate espeso y amargo que es cuidadosamente colado; la mezcla es embotellada y servida en copas durante la ceremonia, en dosis previamente establecidas por el chamán. La ingestión es penosa. El brebaje penetra tu garganta con la aspereza con la que un huayco arrasa cultivos. Te invade en su repulsiva acritud, reniega en tus entrañas y despierta en ellas dolorosas convulsiones vomitivas. Lo agrio va y viene, mientras de lo otro aparentemente nada. Hasta que en algún momento, el mensaje de los dioses llega a tu cuerpo. Entonces empieza tu travesía hacia lo indefinido. Se dice que este brebaje tiene el poder de envolverte en alucinantes viajes; experiencias psicotrópicas donde lo terrenal y lo divino se hacen uno, se funden entre sí y te conducen hacia extraños parajes de tu inconciencia.

El día anterior, Muñeca y Alejandro se prepararon para la sesión. Ayunaron y se preocuparon por estar puntuales en la casucha de Barrios Altos. Yo mismo los llevé en el auto, no solo para ser testigo del extraño ritual dirigido por Margarito Capuñay, sino, lo más importante, para cuidar de ellos en su alucinante viaje. Y no me arrepiento de haberlo hecho. La Ayahuasca, luego de inducirlos al vómito, causó el efecto esperado y fue una ardua tarea llevarlos de regreso a casa. En el auto intercambiaron deleitantes incoherencias y hasta se desnudaron en medio de su divina y placentera euforia. Tuve que acompañarlos hasta el amanecer. Aun así, al despertar, sus cuerpos seguían vagando por universos y cosmos desconocidos.

El efecto dura sólo algunas horas, sin embargo, después de esta experiencia la vida no vuelve a ser la misma.

Jirón Libertad 462 en Barrios Altos, cerca de Cinco Esquinas: mis nudillos sienten la madera tres veces, toc, toc, toc. La piel curtida del chamán se contrae, sus ojos se achinan...

¿Maestro Margarito? Necesito una sesión. Una de esas que usted hace, una de esas de Ayahuasca.